

La crítica teatral

sumergida en el ruido de las redes

Ángel Esteban Monje

Ciertamente, la decadencia en la que está sumida la prensa tradicional de papel desde que llegó a nuestros hogares internet, ha supuesto un arrinconamiento para la crítica teatral. Todavía los principales periódicos de España mantienen un pequeño hueco para este género (así ocurre en ABC, El País, El Mundo, La Razón,...); pero hay que reconocer que son columnas que apenas llegan, en general, a las cuatrocientas palabras (si exceptuamos las crónicas de Marcos Ordóñez en el suplemento Babelia). Poco se puede enjuiciar con profundidad en tan exiguo espacio. Por otro lado, la facilidad que ofrece la red ha propiciado la creación de páginas que publican críticas –incluidos los nuevos diarios digitales y blogs personales

que se dedican exclusivamente a dicha labor. En este artículo, por lo tanto, voy a intentar desentrañar en qué momento se encuentra la crítica teatral en España una vez hemos llegado a esta situación.

¿Quién es la autoridad?

“Cualquiera tiene un blog”, se puede leer, cuando algún dramaturgo o actor se solivianta ante las opiniones vertidas en alguna de las publicaciones que pueblan la blogosfera. Y es verdad. Aunque a veces nos olvidamos de que los críticos de toda la vida empezaron como sencillos redactores de su periódico o como afanosos aficionados que deseaban enseñar su mirada particular

La crítica teatral, más que nunca, debe mantener ese hábito intelectual que supone ampliar la visión de las obras en escena, para alcanzar una significación global, una síntesis, que le sirva tanto al público avezado como a los investigadores y a todo el mundo teatral.

de aquello que contemplaban. A ser crítico se aprende con estudio de la materia; pero, sobre todo, con la experiencia y la observación de un arte esencialmente efímero. Ahora, el crítico que se lo monta por su cuenta y que tiene la intención de publicar artículos de auténtica calidad, debe ampararse en su propio buen hacer; puesto que no es respaldado por el marchamo de un rotativo que, de alguna manera, dé un marco editorial. Hacerse un nombre, en definitiva, conlleva grandes dificultades. Es cierto que hay muchos blogs y páginas que alojan críticas teatrales; pero también es cierto que hay muy pocos críticos de nuevo cuño que se dediquen a este trabajo

profusamente. Y es que la cantidad también es fundamental. Conocer el panorama escénico de una ciudad como Madrid, por ejemplo, es harto complicado, cuando no imposible. En la actualidad, no llegarán a la veintena el número de críticos que superan los cien textos anuales, una cifra que garantiza un conocimiento global y concreto que permite evaluar las programaciones de los diferentes teatros y sostener ideas acerca de tendencias dramáticas, nuevas voces o incipientes decadencias. Al fin y al cabo, el crítico también es un estudioso de la cuestión, no es únicamente una especie de periodista que relata en una crónica lo que ha ocurrido la noche del estreno.

¿Para qué sirve hoy la crítica teatral?

La influencia de la crítica teatral ha quedado reducida a las mismas proporciones que el propio hecho teatral, acotado socialmente dentro de una gama inmensa de actividades destinadas al ocio (fútbol videojuegos, compras, turismo, conciertos, cine...). Precisamente por ello, si bien la crítica ya no moviliza a los espectadores como antes, sí que debería servir para cumplir con su cometido histórico, al menos la raíz indoeuropea del término así nos lo indica (*krei-* "cribar"); ya que la situación socioeconómica nos ha dejado un panorama en el que se presentan cientos de obras al año. Una sobreproducción a la que no se puede atender críticamente de una forma solvente.

Pero no nos engañemos, los teatreros, los investigadores del ámbito universitario, los dramaturgos y otros individuos que buscan propuestas elocuentes y primordiales o, incluso, vanguardistas, se cuentan por unos pocos miles (seguramente me exceda). A ese reducto va, entonces, destinada la crítica teatral seria y metódica. Puesto que son ellos quienes desean continuar "dialogando" con la lectura a posteriori, anticiparse a lo que van a ver o a recoger el testimonio analítico

del acontecimiento o recibir una valoración de su arte. Así se puede atestiguar, cuando ese público pertinaz emite sus emociones a través de las redes sociales o cuestionando, en ocasiones, al crítico. Aunque el contexto en el que nos movemos es el del ruido mediático. Las crónicas, reseñas y panegíricos varios que se enmarcan dentro del marbete de "crítica" son múltiples. Textos sospechosamente agradables y benevolentes que suelen emplearse como señuelo publicitario para las compañías, las salas o las empresas teatrales. Además, a ellos se une la cla tuitera, capaz de encumbrar todo tipo de funciones en un ejercicio de amiguismo y corporativismo, deleznable en muchos casos. Hacerse un hueco entre la hojarasca –sin ánimo soberbio–, sin rendir pleitesía a la farándula, parece una tarea ímproba. Porque una de las carencias que poseen ciertos críticos, desde mi punto de vista, es que la necesidad, ya sea por buscar reconocimiento social o por aumentar las visitas a su blog personal –y agrandar su ego–, departen con sus actores y directores favoritos a los ojos de todos, perdiendo gran parte de su credibilidad. Todo ello generado por esa feria de vanidades que son las redes sociales y que enturbian una actividad, la de enjuiciar, que debe acometerse desde la distancia, la sobriedad y la mesura.

¿Tiene futuro la crítica?

No hace falta ser muy pesimista para creer que en pocos años la profesión de crítico teatral desaparecerá; posiblemente sea cuando todos los periódicos se desprendan del papel y vivan en exclusiva de su página web. Ya sabemos que la dictadura del clic es lo que manda y las críticas teatrales, en principio, no generan muchas visitas. La mayoría de los espectáculos a priori importantes apenas dura unas semanas en cartel. Las reposiciones son mínimas. Y, entonces, las obras desaparecen para siempre en el tiempo (esa es otra labor fundamental de la crítica:

engarzarlas en una dialéctica perpetua). ¿Qué razón de ser tendrá criticar un espectáculo que se mantiene unos pocos días en cartel, si lo que vale es que el diario reciba su dosis de curiosos internautas?

Avanzamos hacia un asentamiento del amateurismo en la crítica teatral (prácticamente ya estamos en él). Este trabajo dependerá de que el amor al arte permanezca álgido; algo complicado de sostener si tenemos en cuenta el número ingente de horas que implica producir este tipo de textos. Los blogs aparecen y desaparecen, se alimentan bulímicamente o se dejan pudrir de inanición. Saldrán nuevos críticos y harán mutis por el foro otros tantos. Será difícil para el público calibrar a los valiosos y ponerse en sus manos. Será extraño, por lo tanto, tener un crítico –o varios– de cabecera que te acompañe durante muchos años. La propia actividad de crítico requiere una dedicación enorme, si desea que sus publicaciones aparezcan al poco de presentarse los montajes. Sin prensa o instituciones que apoyen firmemente esta tarea, estaremos a expensas de la veleidad de individuos que deseen aplicarse seriamente con unos escritos que han perdido tanta trascendencia social como la materia de la que tratan. Será otro síntoma más de la modernidad en la que vivimos, donde el pensamiento, la reflexión argumentada y el análisis casi no importan. Lo que prima es el alboroto, la sobreexcitación y la viralidad.

La crítica teatral, más que nunca, debe mantener ese hálito intelectual que supone ampliar la visión de las obras en escena, para alcanzar una significación global, una síntesis, que le sirva tanto al público avezado como a los investigadores y a todo el mundo teatral (dramaturgos, actores, técnicos, etc.); si no quiere sumergirse en el ruido de las redes •

Ángel Esteban Monje, profesor de Lengua y Literatura, publica sus artículos de crítica teatral en www.kritilo.com